

cuestión psicológica, y la necesidad sentida en América de crear una lengua nueva testimonia la formación de un alma propiamente americana. (Pág. 55.)

¿Qué queda entonces de las críticas que se me han dirigido con una pasión violenta que a veces sobrepasa el marco de la crítica? Queda esto: que hay en París una docena de escritores que desde quince años consagran una gran parte de nuestra actividad a hacer conocer en Europa los escritores y la literatura de América y que nos hace falta una gran fuerza de ánimo para persistir, pues cada vez que hacemos un esfuerzo público podemos estar seguros de que seremos pagados sea con una indiferencia despreciativa, sea lo más corrientemente por injurias.

Sin duda no esperamos nosotros otro salario, pero ¿no se podría preguntar en qué se convertiría la irradiación espiritual de América en Europa si, un día, descorazonados, diéramos oídos a quienes ya nos aconsejan que callemos? Este pensamiento debe dar a quienes se incomodan cuando no se habla de ellos, y que se incomodan más cuando se habla, un poco de indulgencia, de justicia y de medida.—M A X . D A I R E A U X.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

MAS SOBRE EL "PANORAMA" DE DAIREAUX

MUY caros les ha salido el *Panorama de la Literatura Hispanoamericana* a los escritores de este continente. M. Daireaux su autor, que comenta en el artículo que se ha leído anteriormente, las críticas a su libro, los acusa de ingratos y de descorteses. ¿Es posible hablar de descortesía ante una crítica literaria? Yo no sé cuáles sean los dicitos que en otras partes se han lanzado contra M. Daireaux; veo que alguien lo ha llamado imbécil. Es demasiado. En Chile no se ha llegado a tanto, y si el autor del *Panorama* se hace un examen de conciencia, podrá comprobar que la crítica que en Chile se hizo de su obra es cortés, caballeresca, casi tímida.

Pero fuera de estas alegaciones de índole más personal que literaria, el artículo de M. Daireaux contiene algunas ideas propiamente literarias. Reduzcámonos a ellas, como es lógico.

Dice M. Daireaux que ninguna de las críticas dirigidas a su obra ha sido general como lo es, en cambio, su *Panorama*. Enteramente de acuerdo. Es natural que cada crítico haya leído con mayor detenimiento la parte que en ese libro correspondía a su país y que fuese esa la que le hiciera prorrumpir en críticas o

protestas según el caso. Sin embargo, en un artículo publicado en esta misma revista en el mes de Mayo último dedicamos tres páginas a estudiar los aspectos más generales de dicho libro. No sé si el señor Daireaux conozca ese artículo y aunque pueda parecerle insignificante, la verdad es que queda en pie el hecho de que en Chile hubo por lo menos un comentarista que tomó en cuenta algunos de los lados generales del *Panorama* antes de proceder a un examen particular. Pero no estuvimos solos en esa apreciación. De los varios artículos que *Alone* dedicó oportunamente en *La Nación* de Santiago al mismo libro, la mayor parte fué consagrada también al primer capítulo del *Panorama*, que es general, y que el crítico chileno consideró elogiosamente. ¿Tampoco ha leído esos artículos M. Daireaux? Es sensible.

Pues bien, dijimos en nuestro modestísimo trabajo que M. Daireaux hacía muy mal en prescindir de Méjico y de las Antillas en su *Panorama*. Ahora, en el artículo anterior, el escritor francés dice que se vió obligado a prescindir de esos países porque «debían ser objeto de un volumen posterior.» Sin embargo, si el lector curioso recorre el *Panorama* de M. Daireaux no encontrará alusión alguna a este hecho. Debo suponer en este caso en un olvido, muy lamentable por cierto, del autor. Si así no fuera nos veríamos obligados a pensar en que el *Panorama* de Méjico y de las Antillas ha sido planeado con posterioridad a la publicación del libro de M. Daireaux. ¿Cuál de las dos soluciones es la verdadera? No tengo por el momento antecedentes para decidir documentalmente la cuestión, pero me parece que hay presunciones graves de que es la segunda la que se acomoda a los hechos.

Dice M. Daireaux que su libro le ha costado mucho trabajo, que ha leído más de dos mil volúmenes para llegar a documentarse y que los nombres omitidos lo han sido no por ignorancia sino porque dentro de su plan no cabía nombrar a todos y cada uno de los escritores americanos.

Bien estaría esto si no fuera simple alegato «pro domo»— como califica el propio autor su artículo—. Pero ocurre que precisamente lo que más falla en ese *Panorama* es la documentación y que a ella se debe la omisión de algunos nombres chilenos, que anotamos en el artículo ya referido, y la inadecuada presentación de otros. El caso de la creación de la novela en Chile es ejemplar. Dice M. Daireaux en su *Panorama*:

■ Au Chili, Rosario Uribe de Orrego fut la créatrice du roman; elle est antérieure à Alberto Blest Gana, qui fut un des meilleurs écrivains du Pacifique... (Pág. 191.)

Error de documentación, precisamente. Desde luego la persona a quien alude M. Daireaux es doña Rosario Orrego Uribe y no al revés, hecho que tiene mucha importancia si se considera que la familia Orrego sigue ocupando vasto sitio en las letras nacionales y que cuenta con el insigne honor de haber dado a Chile la primera novelista. Pero decir que la señora Orrego de Uribe es la primera novelista no es lo mismo que decir que fué la creadora de la novela. La novela chilena es anterior a doña Rosario, como lo prueba el hecho muy sencillo y muy fácil de probar de que don Alberto Blest Gana publicó en 1858 dos novelas, *Engaños y Desengaños* y *El primer amor*. La primera obra de la señora Orrego de Uribe salió en 1861.

Una palabra sobre el método documental. Estas precisiones las puede hacer el que guste en dos libros: *La novela en Chile*, de don Luis Ignacio Silva, publicado en 1911, y *La literatura femenina en Chile*, de don José Toribio Medina, publicado en 1923. ¿No conoció estos dos libros M. Daireaux? Si nos lo conoció, ¿cómo se explica su arrebatada afirmación de que ha leído tanto y se ha preocupado tanto de documentarse? Si los conoció, ¿cómo se explica el error?

Claro está, la documentación sobre la literatura americana no es fácil. Como dice muy bien el señor Daireaux, la mayoría de los críticos americanos no conoce la literatura de los países vecinos al suyo propio. ¡Cuánto más difícil no le será llegar a ese mismo fin a un europeo! Sin embargo, veamos dos libros que sirven de antecedente al que ha escrito M. Daireaux. Uno de ellos es la *Historia de la poesía Hispanoamericana*, de don Marcelino Menéndez y Pelayo; otro, la *Historia de la lengua y de la literatura castellanas*, de don Julio Cejador y Frauca (1). Ninguno de estos autores vivió en América (en esta circunstancia el señor Daireaux queda favorablemente colocado para hacer su libro porque ha vivido en América y tiene amigos y parientes en estas tierras). Eso no impidió, sin embargo, que se documentaran cabalmente. El libro de Menéndez y Pelayo es casi irreprochable. El de Cejador no lo es tanto, pero los errores que contiene se pueden corregir fácilmente porque el autor tuvo cuidado prolijísimo de indicar sus fuentes y sus documentos.

(1) A estos libros pueden agregarse el del norteamericano Coester sobre nuestra literatura. Coester como ciudadano de los Estados Unidos disponía en las bibliotecas de allá—y particularmente en la Public Library de Nueva York—de una abundante colección de libros hispanoamericanos. No puede por tanto equipararse su situación a la de Menéndez y Pelayo, Cejador y Daireaux. Pero cabe preguntarse: ¿ha leído M. Daireaux a Coester? Parece que no porque podría haber evitado por tan fácil medio muchos errores.

M. Daireaux no ha tenido ese cuidado y borró la pista de sus estudios previos. Pésima manera de acometer un trabajo de esta índole, y ahora vemos que M. Daireaux paga las consecuencias de ella.

En cambio M. Daireaux se ha documentado en fuentes vivas, es decir, de viva voz por los escritores americanos que ha conocido en París. También es una mala manera de documentarse si no se dispone del tacto necesario para aquilatar el valor respectivo de las informaciones. Tal es el caso de M. Daireaux. Ha aceptado sin discernimiento lo que sus gratuitos informadores le decían, y de allí que en la pista de sus errores podamos reconocer al autor de ellos. M. Daireaux no es, pues, sino el padrino de estos desaguizados, pero un padrino que sale hoy a la defensa—muy hidalgamente por cierto—de sus desleales informadores, sin nombrarlos.

Claro está, tenemos que estar de acuerdo con M. Daireaux en que su obra no puede ser perfecta, puesto que no es propio de un hombre hacer nada que alcance tal calificativo. Pero fuera de eso, su obra es imperfectísima y en ella se notan errores tan groseros que invalidan casi por entero su alcance. Cité un ejemplo en mi artículo primitivo y creo que lo debo citar otra vez.

Ecrire l'histoire de la poésie sudaméricaine—dice M. Daireaux—, c'est écrire l'histoire même de sa littérature. (Pág. 59.)

Esto es falso de toda falsedad, por lo menos en lo que toca a varios países americanos. ¿Fué poeta Montalvo en el Ecuador? ¿Lo fueron Mitre, Alberdi, Sarmiento, Gómez y López en la Argentina? ¿Lo fueron Barros Arana, Sotomayor Valdés, Vicuña Mackenna, Lastarria, Blest Gana, Jotabeche, Pérez Rosales y tantos más en Chile? Generalizaciones de ese gálibo invalidan casi los aciertos que en una u otra página pudieron notarse.

Dice M. Daireaux:

Otras veces se intenta las listas de los nombres olvidados y sobre diez que se citan, hay siete u ocho que figuran efectivamente en el Panorama. ¿Se ha leído mal? ¿Es mala fe?

No, señor, ni se ha leído mal ni es mala fe. Es que no basta citar un nombre al paso, en un tumultuosa enumeración, para asegurar en seguida que se ha tratado del escritor y la obra que corresponden a ese nombre. Hay enumeraciones que aclaran el sentido del párrafo o capítulo en que se hacen. Pero las de

M. Daireaux generalmente falsean el sentido de esos capítulos o párrafos y tienen un alcance opuesto al que se perseguía. En efecto, contradicen la afirmación del crítico-historiador por mil razones.

Este artículo también le parecerá a M. Daireaux muy insuficiente, aunque tal vez no injurioso. Pero ¿qué hacerle? Analizar con pruebas las afirmaciones erradas, las omisiones y tergiversaciones innumerables del autor no es obra de un artículo ni de diez. Es obra de un libro, que naturalmente no podemos escribir porque no hay manera de que salga de inédito.

El señor Daireaux parece creer que en América no se le agradece la intención que ha tenido y amenaza al final de su artículo con despreocuparse en lo futuro de las cosas americanas. Está equivocado. Se le agradece mucho lo que ha hecho; pero ¿no es legítimo también anhelar que lo realizado fuese menos malo? Haga el señor Daireaux una segunda edición de su libro y tome en cuenta en ella las observaciones que se le han hecho. Entonces veremos si era posible esperar de él algo más que este insuficiente *Panorama* y que su ardiente pero débil defensa que hemos comentado a vuelo de pluma.—RAÚL SILVA CASTRO.

EN TORNO A LA POLITICA EUROPEA

Berlín, Septiembre de 1930.

DESDE la iniciación del período de profundas agitaciones político-sociales que dejó la guerra, Europa vive hoy sus tiempos de mayor incertidumbre. El panorama político europeo aparece cada vez más confuso e inquietante. Es una exclamación bastante generalizada entre las gentes que confían excesivamente en la acción de los guías geniales, que a Europa le faltan en estos tiempos grandes hombres. Los comunistas creen en la grandeza de Stalin, los fascistas en la genialidad de Mussolini e Hitler, los liberales en la sabiduría política de Briand. Los socialistas no hallan ni en Mac Donald ni en los líderes alemanes un hombre digno de sus esperanzas. Los observadores y los estudiosos más o menos imparciales dudan de la influencia europea de todas las figuras eminentes de esta